

la fuerte injerencia del Estado en la gestión productiva y social —que se conoció como Estado de bienestar— y la “égida de la empresa multinacional”.⁴

Ese modelo de acumulación se caracterizó por ser masivo e incluyente, por incorporar a la actividad productiva a amplias masas de campesinos y obreros, situación que se derivaba de varios factores, entre ellos las características técnicas del proceso productivo,⁵ el ciclo expansivo del capital, así como la importancia de la agricultura en el proceso de industrialización. Sin embargo, la razón esencial es que se trataba de un régimen de acumulación “articulado”,⁶ en el sentido de que la producción industrial de punta se orientaba de manera esencial, aunque no exclusiva, al consumo de la clase obrera; por tanto, además de que tenía una demanda masiva que le permitía producir en gran escala, implicaba que el consumo del obrero y de la población trabajadora en general formaban parte de la reproducción del capital.

En consecuencia, el salario del obrero se consideraba no sólo como un costo, sino como un factor de demanda; por esa razón el incremento de los salarios reales contribuía a ampliar la escala de la acumulación, lo cual determinaba la integración masiva de los trabajadores al empleo y al consumo: “La participación de los salarios en el producto superó en algunos períodos 50%. Como consecuencia el mercado interno fue importante y dinamizaba e impulsaba la economía en su globalidad, incluyendo a las economías regionales.”⁷

Desde esta perspectiva, el modelo de sustitución de importaciones constituía un modelo integrador, en la medida en que el incremento del empleo obrero y de los salarios reales formaban parte de los mecanismos más íntimos de funcionamiento del sistema.

medio de las cuales el sistema procesa sus contradicciones e impulsa el proceso de crecimiento y desarrollo.” José Valenzuela, *¿Qué es un patrón de acumulación?*, Facultad de Economía, UNAM, México, 1990.

4. A. Dabat, “La coyuntura mundial de los noventa y los capitalismos emergentes”, *Comercio Exterior*, vol. 44, núm. 11, México, noviembre de 1994, pp. 939-958.

5. Producción en masa de mercancías estandarizadas con procesos simples de trabajo, rigidez del proceso productivo centrado en la cadena productiva, control del ritmo de trabajo del obrero y disminución de los tiempos muertos. Tales características permitían incluir a un amplio grupo de trabajadores no calificados al proceso productivo.

6. Samir Amin y Alain de Janvry, *op. cit.*, utilizan también el concepto de “articulación” en el sentido en que aquí se ha desarrollado. Sin embargo, para ellos tal situación sólo aparece en los países desarrollados, mientras que en los subdesarrollados ocurre una acumulación “desarticulada” para el período que aquí se analiza. En cambio, Miguel Teubal opone, para los países latinoamericanos más avanzados, la acumulación “articulada” del período de posguerra a la acumulación “desarticulada” del período actual. En este caso se sigue, por tanto, esta última concepción. Miguel Teubal, *Globalización y expansión agroindustrial. ¿Superación de la pobreza en América Latina?*, El Corregidor, Buenos Aires, 1995.

7. *Ibid.*, p. 217.

La inserción de la vía campesina en el régimen de acumulación fordista

Dada la importancia del consumo del obrero en los bienes industriales alimentarios y no alimentarios, había la necesidad estructural de mantener bajos los precios de los alimentos básicos con un doble fin: abaratar el costo de reproducción de la fuerza de trabajo para incrementar la plusvalía obtenida por una vía relativa y elevar los salarios reales con el fin de ampliar el consumo de los obreros. En la medida en que éstos orientaban una porción menor del salario para sufragar sus gastos de sobrevivencia, se podía aumentar la demanda de los bienes industriales que impulsaba el capital de punta. En ese marco, la agricultura en general desempeñaba un papel esencial en el desarrollo de la industrialización, no sólo por su aporte en materias primas, sino por la inserción alimentaria de la rama.

Sin embargo, no todos los productores agrícolas contribuían por igual a la producción alimentaria para abaratar los salarios: ese papel esencial lo desempeñaban los campesinos.⁸ Debido a la distorsión que introduce en la agricultura la presencia del medio de producción principal, la tierra (un bien escaso, monopolizable, no renovable y con calidades diferentes), su inserción en el capitalismo hace que los productores capitalistas obtengan un remanente de valor: la renta de la tierra. Dicho proceso encarece de manera automática los productos agrícolas y obliga a establecer un intercambio desigual, en el que la industria tiene que pagar un valor de más a la agricultura, lo cual frena el desarrollo del sector manufacturero. En ese entorno, la presencia de los campesinos evita el pago de renta en los bienes que

8. En el caso de Colombia, para 1960 “los campesinos [...] aportaban la mitad del principal producto de exportación y abastecían la mayor parte de los alimentos que se consumían en el país”. León Zamosc, “Transformaciones agrarias y luchas campesinas en Colombia: un balance retrospectivo”, en Martínez Borrego y León Zamosc (comps.), *Estructuras agrarias y movimientos campesinos en América Latina*, Instituto de Investigaciones Sociales, UNAM, México (en prensa). En Brasil, “los pequeños productores aportaban para 1970 47.6% del valor de la producción total, 39.1% del valor de la producción animal y 51.6% del valor de la producción vegetal”. Graziano da Silva, “Brasil: cambios estructurales y movimientos sociales en el campo”, en *ibid.* En el caso de Chile, la pequeña y mediana propiedad “controlaban en 1973 23% de la tierra, eran 55% de la población activa rural y producían 28% del valor de la producción del sector”. Rigoberto Rivera, “Estructura agraria y organizaciones campesinas en Chile”, en *ibid.* En Paraguay, para 1975: “Excepto la soya (cultivada predominantemente por las empresas capitalistas), los principales rubros agrícolas de subsistencia y de venta eran producidas en más de 60% por las explotaciones campesinas y seguían contribuyendo con 35% de todos los alimentos producidos en el país.” Luis Galeano, “Frontera agrícola, modernización conservadora y movimientos campesinos en Paraguay”, en *ibid.* En México: “Cerca de 60% de la producción y la superficie de maíz y frijol, así como alrededor de 37.5% de la producción triguera para 1950 provenía de los predios de los ejidatarios y minifundistas privados”. Rosario Robles, “Estructura de la producción y cultivos básicos. 1950-1970”, en Julio Moguel (coord.), *Historia de la cuestión agraria mexicana*, t. 7, Siglo XXI Editores-CEHAM, México, 1988.

ellos producen y reduce la renta obtenida en las empresas de tipo capitalista. Toda vez que no tienen la capacidad para producir en términos capitalistas y, por tanto, apropiarse el valor que producen, tampoco pueden usufructuar la renta de la tierra. Asimismo, generalmente ocupan las peores tierras, las cuales son "extraídas" de la fijación de la renta y, por tanto, el monto global de ésta es menor que si todas las tierras operaran en forma capitalista.

Desde esta perspectiva, el ahorro de renta que garantiza la presencia masiva de los campesinos constituye una vía para abaratar los alimentos básicos y con ello contribuir a la fijación de salarios reales altos.

Este proceso permitió formar una "vía campesina de producción",⁹ funcional al capital industrial, como una alternativa a la producción capitalista agrícola.¹⁰ Esta característica esencial de la producción campesina permitió su inserción cabal en el proceso de reproducción capitalista mundial desde un punto de vista económico. Desde el social, los campesinos impulsaron una lucha generalizada por la tierra que les permitió convertirse en una clase constituyente del sistema al sentar las bases para la fundación de los modernos estados capitalistas del continente. La coincidencia de estos dos procesos, la funcionalidad productiva de los campesinos y la lucha que impulsaron por la obtención de la tierra, abrió el cauce para el fortalecimiento de políticas que impulsaban la reforma agraria. Además de las más conocidas y radicales, como la mexicana, también se llevaron a cabo en Venezuela (1961), Bolivia (1951-1960), Chile (1964), Perú (1968) y Colombia.

"Hoy la cuestión agraria evoluciona con suma rapidez en muchos países de América Latina. [...] En Guatemala, donde hasta la expresión 'reforma agraria' ha sido suprimida del vocabulario oficial, se organizan parcelamientos con el nombre de 'acondicionamiento agrario', o entregas de tierras en propiedad plena a numerosos campesinos".¹¹

Con la tierra ganada en la contienda y su incorporación como productores de alimentos básicos, los campesinos pudieron alcanzar una identidad en todos los planos. En el económico eran productores de bienes alimentarios; en el político eran una clase de apoyo de los gobiernos populistas y nacionalistas del pe-

riodo; en el ideológico eran los depositarios de la tierra, los poseedores "naturales" de la parcela a la que tenían derecho porque la trabajaban, y en el social, constituían una clase vinculada al proceso de modernización e industrialización del país. Eran, por tanto, una clase que transitaba de manera acorde con el progreso.

Su incorporación como clase constituyente implicaba que, al reproducir su forma productiva, reproducían o apuntalaban el sistema. No era, sin embargo, una integración libre de contradicciones. Su incorporación al sistema se dio mediante un proceso de intercambio desigual en la venta de sus productos, que constituyó al mismo tiempo un proceso de explotación, pues de esa manera se despojó al campesino de una porción de su trabajo excedente.¹²

Los productos que aportaba el campesino, además de estar exentos de renta de la tierra, no eran retribuidos cabalmente por su precio de producción, por la cual el agricultor transfería un excedente de valor a la industria que se materializaba en alimentos baratos para el consumo del obrero. Esta redistribución del excedente campesino la operaba básicamente el Estado por medio de las múltiples instituciones que operaban en el campo y que tendían a erradicar a los acaparadores y coyotes (especuladores) que medraban a costa de la producción campesina al encarecer los productos agrícolas.

La explotación campesina permitía así la reproducción del sistema a la vez que daba pie a una integración masiva de los productores del campo como depositarios de la alimentación obrera.

De esta suerte los campesinos se integraban como productores y los obreros como consumidores de los bienes industriales, además de fuerza de trabajo, formando un modelo incluyente y expansivo que emergió como resultado de una contienda en la cual las clases explotadas alcanzaron un lugar productivo.

LA CRISIS DEL RÉGIMEN FORDISTA Y EL SURGIMIENTO DE UN NUEVO MODELO DE ACUMULACIÓN

A principios de los años setenta el régimen fordista de acumulación entró en decadencia, en el marco de una crisis del orden mundial de la posguerra, con lo cual se deterioró también el sistema de fuerzas que había imperado en escala mundial: el declive de Estados Unidos como potencia hegemónica mundial, el surgimiento de Japón como el principal acreedor del orbe y de Alemania como el eje del sistema económico europeo, cambiaron la correlación de fuerzas y configuraron una etapa de inestabilidad económica y financiera. A la par se deterioró también el Estado de bienestar, al debilitarse los marcos en los cuales se sustentaba, a la vez que declinó la concepción keynesiana del desarrollo económico y se resquebrajaron los pactos sociales y económicos de los estados nacionales con las clases subalternas. Los estados-nación se debilitaron al tiempo que

12. Armando Bartra, *La explotación del trabajo campesino por el capital*, Editorial Macehual, México, 1982.

9. El concepto de "vía campesina" utilizado aquí se refiere al mecanismo impulsado por el capitalismo industrial para solucionar el problema de la renta de la tierra. La presencia en la agricultura de diferentes calidades de tierra provoca una distorsión en la fijación de los precios que obliga a la industria a pagar un remanente de valor a la rama agropecuaria. Para evitar este flujo de valor industria-agricultura se han impulsado distintas "vías". La primera, conocida como "vía americana" ocurrió en el siglo XIX e implicó que Inglaterra importara trigo de Estados Unidos, en donde la gran cantidad de tierras fértiles incultas permitía reducir el monto de la renta. En el siglo XX y en particular después de la segunda guerra mundial, la solución fue alentar la producción campesina como una alternativa para erradicar el pago de renta.

10. K. Vergopoulos, *La cuestión campesina y el capitalismo*, Editorial Nuestro Tiempo, México, 1979.

11. M. Gutelman, *Capitalismo y reforma agraria en México*, Ediciones Era, México, 1971.

surgieron como ejes de poder las instituciones multilaterales como el Banco Mundial, el FMI y el GATT.

La crisis del régimen fordista de acumulación expresaba, en esencia, el resquebrajamiento de una manera particular de integración de las clases explotadas al sistema capitalista. La forma incluyente y masiva de incorporación de los trabajadores había llegado a un límite desde el punto de vista estructural. Dicha crisis se desencadenó como resultado de una caída en la producción de plusvalía¹³ que sobrevino debido a varios factores, entre ellos, el incremento de los salarios que prevaleció en la posguerra, así como el agotamiento de los mecanismos de explotación de la fuerza de trabajo y de las formas de organización laboral sustentadas en el taylorismo y el fordismo, así como de la base tecnológica en la que se sustentaban.

La necesidad de restablecer la tasa de ganancia llevó durante la crisis a depreciar el salario de los obreros, resquebrajar las organizaciones gremiales y abaratar la fuerza de trabajo en un plano internacional. Ello deterioró las condiciones que permitían a los obreros constituir una demanda importante para el sector industrial. En América Latina, la reducción brutal de su capacidad de consumo, el incremento del desempleo y el retiro del Estado como generador del complemento indirecto del salario, rompieron el nivel de “articulación” que existía en el régimen de acumulación masivo de la posguerra. La producción en masa de mercancías indiferenciadas para una amplia población no encontró una demanda efectiva y sobrevino la necesidad de impulsar un cambio cabal en la orientación productiva del sector industrial. La fuerte concentración del ingreso y la centralización del capital que vinieron con la crisis apuntalaron la demanda en los países desarrollados y en los sectores de ingresos altos, con lo cual la industria de punta se empezó a orientar hacia la producción diferenciada de bienes selectivos para una demanda segmentada ubicada preferentemente en el exterior. El mercado internacional se convirtió en el plano relevante para la realización del capital y empezó a surgir en el continente un nuevo modelo de acumulación conocido como “concentrador-excluyente”,¹⁴ sustentado en las formas flexibles de organización del trabajo¹⁵ —capaces de afrontar una producción diversi-

13. Alain de Janvry, *op. cit.*

14. Los rasgos principales del patrón de acumulación concentrador-excluyente son, según José Valenzuela: “a) avance del proceso de industrialización hacia sectores más pesados [...]; b) aumento del grado de monopolio [...]; c) patrones más regresivos del ingreso —mayor tasa de plusvalía— y mayores tasas de desocupación [...]; d) mayor apertura externa [...]; e) de modo muy decisivo, énfasis en las exportaciones manufactureras [...]; f) dinamismo de la productividad del trabajo [...]; g) tendencias al autoritarismo político y al desahucio de las formas políticas demo-burguesas.” José Valenzuela, *op. cit.*, p. 96.

15. “La flexibilización productiva rompe con la parcelación y simplificación del fordismo y genera un sistema de agrupamiento con un número reducido de trabajadores, que combinan tareas de producción con aquellas de programación, planeación, control de calidad, mantenimiento, asumiendo la responsabilidad en el resultado del trabajo”. M.A. Rivera Ríos, *Crisis y reorganización del capitalismo mexicano. 1960-1985*, Ediciones Era, México, 1992.

ficada y selectiva— y en la nueva base tecnológica: informática, robótica, tecnología polifuncional del láser, tecnología de los nuevos conductores, biotecnología y biogenética.

En dicho modelo de acumulación, las grandes empresas, en su mayoría transnacionales, destinaron su producción al exterior o a una demanda selecta dentro de los países, dejando el abastecimiento de la clase trabajadora a pequeñas empresas que no inciden en las pautas globales de la acumulación. En este sentido, el consumo de la clase trabajadora quedó estructuralmente excluido de los mecanismos de reproducción del capital de punta, por lo que el capital dejó de considerar al proletariado como un factor de demanda, convirtiéndose únicamente en un costo de producción.

Toda vez que la baja del salario real no tiene ahora un efecto negativo en la acumulación, se ha reproducido más allá de la crisis, convirtiéndose en un elemento “normal” del nuevo modelo de acumulación, que garantiza elevadas tasas de plusvalía para el capital en su conjunto e incluso se convierte en el atractivo más importante para la inversión foránea en nuestras economías.

Lo notorio en este proceso es que el salario real se mantiene a la baja no como resultado del abaratamiento de los bienes de consumo del obrero, sino de otro tipo de factores de carácter económico y extraeconómico. En primer término, el proceso inflacionario se ha utilizado en este sentido al incrementar de manera desigual los precios en relación con los salarios, atribuyéndole a un “mercado neutral” la depreciación de los ingresos de los trabajadores. Pero además se han utilizado mecanismos extraeconómicos, como la represión, el desmantelamiento de las organizaciones obreras, la imposición de topes salariales, los despidos de inconformes, las quiebras forzadas de empresas, etcétera. El incremento del desempleo también ha presionado el salario de los ocupados.

De esta suerte, los precios al consumidor de los alimentos han mostrado una tendencia al ascenso, como resultado de los procesos inflacionarios y de la penetración de las transnacionales alimentarias que elevan el valor agregado de los alimentos e imponen patrones de consumo con costos elevados,¹⁶ pero sobre todo debido a la desarticulación de los salarios reales del proceso de acumulación. Para Argentina Miguel Teubal señala:

“Como consecuencia, un elemento importante que incidió sobre el auge de la marginación y la pobreza fue el aumento en los costos alimentarios, así como también los mayores costos de educación, la salud, la vivienda y otros bienes y servicios esenciales. [...] El país pasa de ser un productor de ‘alimentos baratos’

16. Para el caso de México se observa que el costo de un gramo de proteínas proveniente de alimentos industrializados era, para 1989, cuatro veces más alto que el costo de un gramo de proteínas de origen animal; sin embargo, de 1981 a 1989 se ha registrado un desplazamiento del consumo de alimentos de origen animal por alimentos industrializados en el gasto de las familias. J. Aguirre *et al.*, “Cambios en la estructura alimentaria del área rural-urbana de México”, en Cuauhtémoc González P. (coord.), *Los retos de la soberanía alimentaria en México*, Juan Pablos, México, 1993.

a ser un productor de 'alimentos caros' y, por consiguiente, también por esta vía se reduce el 'acceso a la alimentación'.¹⁷

Ha sobrevenido, por tanto, una caída muy fuerte de los salarios reales de la clase trabajadora que mina su capacidad de consumo y acrecienta la marginación y la pobreza del sector.¹⁸ Para el gran capital de punta, esto no afecta su reproducción, mientras el obrero deviene únicamente en un costo de producción que, por las condiciones de debilidad en que se encuentra, se convierte en el factor más barato.

LOS CAMPESINOS Y EL NUEVO MODELO DE ACUMULACIÓN GLOBAL

La forma "desarticulada" que caracteriza al nuevo modelo de acumulación industrial en América Latina trajo consigo, en el plano alimentario, que el abaratamiento de los productos básicos se vanalizara. Es decir, que la producción a bajos precios de los bienes salario no constituya más un mecanismo de la reproducción ampliada del capital. La industria no demanda de la agricultura, y en particular de los campesinos, una producción abaratada de granos y alimentos como condición para mantener bajos los salarios nominales y elevados los salarios reales de los obreros. En consecuencia, la forma de producción campesina ha dejado de formar parte de la reproducción del capital global. Ha ocurrido una ruptura del vínculo contradictorio industria-agricultura, por lo cual la inserción de los campesinos como productores de granos básicos ya no es relevante. El nuevo modelo de acumulación excluye a los obreros como consumidores y a los campesinos como productores. Esto no quiere decir, por supuesto, que se haya suprimido la demanda de alimentos por parte de la industria y de los obreros. Lo que se vanalizó es la demanda de alimentos baratos.

Aun cuando el salario sigue siendo un costo para el capital, su abaratamiento no se alcanza por la vía de reducir los precios al consumidor de los bienes de consumo básico, sino mediante mecanismos de carácter extraeconómico que se han impuesto debido a la debilidad que enfrenta la clase obrera en la correlación de fuerzas con el capital.

En consecuencia, la caída del salario real del obrero no repercute en la estrechez del mercado para el gran capital de punta y por tanto no afecta los engranajes de la acumulación de capital en este sector. La producción de alimentos baratos no constituye tampoco una condición para la acumulación industrial de punta y en este sentido se vanaliza la producción campesina.

La creciente urbanización de la mayoría de los países en la posguerra, así como la orientación secundario-exportadora del actual modelo de acumulación, han incrementado de manera

17. Miguel Tenbal, *op. cit.*, p. 203.

18. Para el caso de México los salarios mínimos generales disminuyeron en 1987 a 47.5% del valor real que tenían en 1976, mientras que las categorías de obreros con salarios superiores al mínimo oficial registraron un deterioro mayor: los electricistas perdieron 59.4% de su poder adquisitivo entre 1982 y 1986. J.L. Calva, *Crisis agrícola y alimentaria en México. 1982-1988*, Fontamara, México, 1988.



La reproducción de su forma productiva se desvinculó de la reproducción global del sistema y los campesinos aparecieron como sectores ineficientes que no tenían cabida en la nueva "modernización" a la que accedían los países

importante la demanda de alimentos en los centros urbanos desarrollados de la periferia. Tal situación ha implicado que la producción abundante y oportuna de alimentos básicos se constituya en una prioridad sobre su abaratamiento, con lo cual se impusieron al campesino requisitos de una producción eficiente y competitiva con la producción internacional de cereales.

Sin embargo, debido a la forma como los campesinos habían sido subordinados por el capital comercial y usurario o por las instituciones estatales, durante la posguerra, su capacidad productiva se estancó. Toda vez que dichos agentes productivos no penetraron el proceso productivo del campesino y, por ende, no se lo apropiaron, se mantuvieron como agentes retardatarios que no revolucionaron los procesos técnico-productivos de los campesinos. Por tanto, aunque su producción era barata, no podía aumentar al ritmo inusitado al que crecía la población urbana.¹⁹

19. Mientras la población rural creció 0.96% de 1961 a 1970 en los países latinoamericanos, la urbana lo hizo 4.09%. En la década siguiente, la población rural creció 0.44%, mientras que la urbana 3.98%. En los años ochenta, la población rural decreció 0.03% anual, mientras que la urbana aumentó 3.6%. B. Rubio, *Reestructuración productiva en la agricultura de Latinoamérica y vía campesina: las nuevas tendencias con la globalización. 1970-1995*, tesis doctoral, Facultad de Economía, UNAM, México, 1998.

En consecuencia, al consolidarse el nuevo modelo de acumulación fue evidente el desfase o la discordancia entre la forma de explotación campesina y las nuevas necesidades industriales. Al tiempo que ya no era prioritario el abaratamiento de los bienes alimentarios provenientes del campo, se requería una oferta abundante y oportuna que los campesinos no podían proporcionar.

La producción de cereales en América Latina, que había crecido 4.4% anual en la década de los sesenta, en los setenta cayó a 2.1% y 1.2% anual en los ochenta. En este decenio la población creció 2.04% al año.²⁰

La crisis de la vía campesina que había prevalecido por más de 40 años fue patente al agotarse una forma de explotación que obstaculizaba el desarrollo de las fuerzas productivas y el aumento productivo, al modificarse la relación de explotación con el obrero y vanalizarse la producción de bienes básicos baratos del campesino. Con ello, además, se resquebrajaba una forma de relación industria-agricultura y una forma de subordinación de los campesinos frente a la industria.

Cabe hacer notar, sin embargo, que la explotación ejercida sobre los campesinos por los comerciantes, usureros, bancos, etcétera, no disminuyó. La caída de los precios de los productos agrícolas, el alza de los costos y la reducción del crédito, trajeron consigo una intensificación de la explotación de este sector social. Ésta, sin embargo, ya no forma parte de los mecanismos de reproducción del sistema. Se trata de una explotación marginal que no está integrada a los mecanismos que reproducen el capital de punta y, por tanto, resulta irrelevante desde la óptica empresarial y oficial.

Desde un punto de vista histórico, la crisis de la vía campesina se hizo patente en los años ochenta como resultado de la coincidencia de dos procesos. El impulso de las políticas neoliberales que dieron coherencia y fuerza al nuevo modelo de acumulación, y la crisis agroalimentaria mundial que trajo consigo la sobreproducción de cereales en escala internacional, la caída de los precios y la competencia a ultranza entre Estados Unidos y la entonces Comunidad Económica Europea por colocar sus excedentes alimentarios.²¹

La entrada masiva de granos del exterior a los países latinoamericanos que enfrentaban la crisis de la vía campesina acabó por coronar la exclusión de los campesinos. La presencia abundante, oportuna y además barata de granos en el exterior permitió a los gobiernos neoliberales hacer efectiva la exclusión productiva de los campesinos a base de desalentar su producción, reducir el gasto público, privatizar las entidades estatales hacia el campo, bajar los precios al productor, elevar las tasas de inte-

20. FAO, *Agrostat PC*, Versión. 3.0, Roma, 1994.

21. "A consecuencia de este conjunto de factores, se generó una notable sobreproducción alimentaria que impactó los precios en forma negativa, con desvalorizaciones que oscilaban entre 30 y 80 por ciento. [...] Todo ello condujo a cambios importantes en la estructura del comercio mundial, con impactos sobre las jerarquías previas y sobre los principales protagonistas." M. Fritscher, "Librecambio o proteccionismo? Apuntes sobre la disyuntiva agrícola mundial", *Polis* 92, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México, 1993.

rés, disminuir el crédito, reducir su intervención en la compra subsidiada de los granos, abrir las fronteras a los granos importados y bajar los aranceles de importación.²²

La producción cerealera campesina se sustituyó en parte con la proveniente del exterior, con lo cual se fracturó inicialmente la identidad económica de los campesinos.²³ La reproducción de su forma productiva se desvinculó de la reproducción global del sistema y los campesinos aparecieron como sectores ineficientes que no tenían cabida en la nueva "modernización" a la que accedían los países. Su identidad social también se rompió: aparecían como sectores que obstruían el progreso.

Otra identidad perdida fue la ideológica. Los campesinos, que trabajan la tierra y son dueños y poseedores naturales de ella, tendieron a ser exiliados de su territorio. Si ya no tenían una función productiva que cumplir, su vínculo natural con la tierra perdía todo sentido. Proliferaron, en consecuencia, las contrarreformas agrarias en el continente, legalizando la liberalización del mercado de tierras y abriendo el camino para la apropiación de la tierra campesina por el capital agrícola, turístico, minero, forestal, industrial.²⁴

Despojados de su razón de ser y de existir, los campesinos ingresaron en el telón de fondo de la escena, como sectores del pasado a los que había que contener socialmente mientras avanzaba su inevitable proceso de degradación.

Sin embargo, dicho sector impulsó formas de resistencia económica para sobrevivir, por medio del trabajo informal, la emigración, el trabajo doméstico, la producción orgánica para la exportación o el ecoturismo, lo que se conoce como "estrategias de sobrevivencia", sin abandonar su parcela, ni desestructurar la unidad de producción campesina. Esta resistencia les permitió incorporarse al proceso de reproducción capitalista por medio de lo que se denomina una forma "residual", al constituir

22. En el caso de Brasil el índice del crédito en general bajó de 514.00 en 1980 a 357.00 en 1985. En Chile se redujo el subsidio al crédito generándose tasas comerciales de interés corriente en el mercado de 3% mensual, mientras que en Venezuela, a partir de 1989 se dio un aumento del costo al crédito hacia el campo de 9 puntos. En México, de 1985 a 1990, 76% de los ejidatarios y comuneros quedaron totalmente al margen de la obtención de créditos refaccionarios y de avío. En cuanto a la apertura comercial en Chile disminuyeron los aranceles para la importación a una tasa indiferenciada de 10% mientras que en México, para 1990, 70% de los 27 principales productos alimentarios ingresaban sin permisos previos. B. Rubio, *op. cit.*, p. 73.

23. Para el caso de México, las importaciones de maíz superaron 20% del consumo nacional en 1975, 1980, 1983, 1987, 1988, 1989 y 1990.

24. La primera contrarreforma agraria del período reciente ocurrió en Chile, con el golpe militar de Pinochet en 1973. En el período 1980-1985 la tenencia de la tierra en Brasil evolucionó en un sentido concentrador y por lo tanto excluyente, mientras que en Paraguay de 1983 a la fecha la gran propiedad y el latifundio se recompusieron cabalmente. En México se impulsó una reforma en 1992, año en que Honduras puso en marcha un programa que dio fin al proceso de reforma agraria; en 1994 en Ecuador se emprendió un proyecto para reformar la Ley Agraria conforme a los parámetros del libre mercado. B. Rubio, *op. cit.*, p. 75.

el complemento de la reproducción de la fuerza de trabajo vinculada al campo.

El acotamiento del Estado en la gestión social hizo que el papel que desempeñaba en la posguerra, al complementar el valor de la fuerza de trabajo, se resquebrajara. De esta suerte, además de la caída de los salarios reales que trajo la crisis y la forma de explotación de los obreros con el nuevo modelo de acumulación, desapareció el salario indirecto que cubría el Estado.

En una situación así, el agudo declive en el valor de la fuerza de trabajo que sobreviene sólo puede mantenerse de manera coyuntural, pues si se sostiene acaba por degradar físicamente la población trabajadora de un país. En consecuencia, surgieron mecanismos de compensación, entre ellos la inserción de la forma de producción campesina que genera un complemento del ingreso del obrero, un refugio para los períodos de desempleo, una reserva de nueva fuerza de trabajo cuya reproducción resulta gratuita para el capital.

Las formas de explotación del trabajo imperantes en los países de América Latina, sustentadas en empleo temporal, bajos salarios, jornadas prolongadas, carencia de prestaciones, utilización de mujeres y niños con sueldos reducidos, requieren un proceso estructural que permita completar la reproducción de dicha fuerza de trabajo, absorberla en tiempos de desempleo y generar nueva mano de obra. Ese papel "residual", lo cumple la economía campesina. De ahí la importancia económica de preservarla como unidad de producción agrícola.

Numerosos estudios, algunos de ellos inscritos en la teoría de la "nueva ruralidad", identifican un proceso conocido como "desagrarización", según el cual la producción agrícola ya no constituye el ingreso principal de los campesinos. Según esta teoría sus ingresos principales son extraagrícolas y las actividades fuera de la parcela sostienen la producción agrícola.²⁵ En efecto, la función productiva del campesino se ha minado desde sus bases más sólidas, que tienen que ver con la reproducción del sistema. Sin embargo, la funcionalidad económica de esta forma productiva persiste, ya no vinculada con el aporte de bienes baratos, sino con mecanismos que complementan el ingreso del obrero para hacer posible en el largo plazo la preservación de bajos salarios, sin una degradación cabal de la población trabajadora.

La unidad productiva campesina aparece ante los estudiosos como un barril sin fondo que absorbe los ingresos provenientes de la venta de la fuerza de trabajo, del trabajo informal, del asalariamiento de sus miembros. Sin embargo, el proceso es otro. La parcela se echa a andar con el ingreso proveniente del salario, sólo porque después permitirá a esa fuerza de trabajo reproducirse cuando no tenga empleo.

Al perder el vínculo con el capital como productores, las políticas públicas los excluyeron de los planes integrales productivos y encaminaron hacia los campesinos proyectos asisten-

25. Bartolomé J.M. García, "Los procesos rurales en el ámbito de la Unión Europea", en Huber de Grammont C. (coord.), *La sociedad rural mexicana frente al nuevo milenio*, t. II, Plaza y Valdés-UNAM, México, 1996.



umerosos estudios, algunos de ellos inscritos en la teoría de la "nueva ruralidad", identifican un proceso conocido como "desagrarización", según el cual la producción agrícola ya no constituye el ingreso principal de los campesinos. Según esta teoría sus ingresos principales son extraagrícolas y las actividades fuera de la parcela sostienen la producción agrícola

ciales para apuntalar su sobrevivencia, justamente en la lógica de sostenimiento de la producción familiar como un mecanismo de complementariedad del ingreso de los trabajadores vinculados al campo. Los programas orientados a atemperar la pobreza se convirtieron en flujos de ingresos encaminados a reproducirlos como fuerza de trabajo y no como productores.

Al dejar de ser una clase constituyente del nuevo modelo de acumulación, los campesinos se integraron entonces como fuerza de trabajo y como reproductores de la población trabajadora que el capital requería.

Sin embargo, la exclusión de que fueron objeto como productores fracturó la alianza que en el plano político habían sostenido con los gobiernos nacionalistas de la posguerra. Su identidad de clase, sustento del sistema, se minó y los campesinos empezaron a impulsar en el continente un movimiento que trascendió los límites gremiales del sector para abanderar al conjunto de excluidos del sistema económico (Ejército Zapatista de Liberación Nacional en México, Movimiento de los Sin Tierra en Brasil, cocaoleros de Bolivia, que han trascendido el plano pu-

ramente agrario o étnico para convertirse en movimientos que aglutinan a la sociedad civil).

El nuevo modelo de acumulación, en consecuencia, ha empezado a fracturarse en el plano social. El intenso cuestionamiento a los efectos sociales del neoliberalismo, la necesidad de atemperar la pobreza por parte de los gobiernos, respaldados por el propio Banco Mundial, la degradación del tejido social que se revela en la proliferación de la violencia, la infiltración del narcotráfico en las instituciones, el escándalo de la corrupción y el surgimiento de movimientos armados en el campo, constituyen indicadores de la inviabilidad de un modelo extremadamente excluyente que degrada el modo de vida de la mayor parte de la población trabajadora.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

Los campesinos han sido excluidos de la producción de alimentos básicos al modificarse las pautas del modelo de acumulación mundial. Al desvincular el salario del costo de los bienes de subsistencia, la función productiva de los campesinos se vanalizó, a la par que se impuso la necesidad de una producción de granos básicos abundante y oportuna que puede provenir de diversas fuentes. Durante los años ochenta los excedentes cerealeros de Estados Unidos complementaron la producción nacional de la mayoría de los países latinoamericanos. Durante los tempranos noventa, en el caso de México, la producción de maíz de las grandes empresas ubicadas en tierras de riego de los estados de avanzada capitalista, como Sinaloa, se incrementó más de 18 veces de 1987 a 1993.²⁶ La producción de granos básicos se privatizó y se internacionalizó, fundamentalmente como resultado de la crisis agroalimentaria de los años ochenta. Este proceso evidenciaba el desgaste del papel de los campesinos como un sector que evita el pago de renta y el encarecimiento de los granos básicos.

La exclusión productiva de los campesinos erosionó su identidad económica, social, ideológica y política y los colocó en el plano de sombra de la marginalidad, agudizando su miseria ancestral.

Que esa exclusión se origine en los mecanismos estructurales del sistema implica que su inclusión productiva y con ello la refundación de una vía campesina no se darán mientras persista el modelo de acumulación vigente y la política neoliberal que lo sustenta.

Por esa razón, ha surgido un nuevo ciclo de movilizaciones campesinas en el continente²⁷ que ya no se reduce a luchar por la tierra o por recursos productivos, sino que impulsa un proyecto alternativo al neoliberal, aglutina a amplios sectores de la población civil, tiene un efecto internacional y propone un proyecto

de integración de los excluidos en los planos económico y político. Este movimiento expresa los límites sociales del modelo de acumulación vigente.

Los campesinos han pasado a ser de explotados a excluidos de los engranajes esenciales de reproducción del capital de punta. De una clase constituyente del modo de producción a una marginal al sistema; de productores de bienes básicos baratos a reproductores de la fuerza de trabajo de bajo costo; de poseedores "naturales" de la tierra a desterrados de su parcela; de una clase acorde con el progreso a otra que no alcanza los cánones de la competencia internacional, y de una clase de apoyo a otra opositora del sistema.

Durante los años ochenta, en el caso de México, prevaleció en el movimiento campesino independiente la visión sostenida por las organizaciones de productores, en el sentido de que la globalización era un proceso inexorable del cual nadie podía escapar, por lo que los campesinos requerían tornarse competitivos para insertarse en el nuevo orden mundial. Se impulsaron por tanto mecanismos de integración económica, como la organización productiva y comercial, como consumidores de insumos, etcétera, así como la formación de "empresas" campesinas que buscaban remontar la exclusión productiva que enfrentaban. Aun cuando este esfuerzo organizativo contribuyó a la resistencia de la forma de producción campesina, la mayoría fracasó en su intento de incorporarse con éxito al sistema económico. Ello era inevitable en tanto la exclusión de los campesinos es consustancial al régimen de acumulación vigente. Sin duda, pequeños núcleos de campesinos e indígenas pueden integrarse productivamente en nichos de mercado de producción orgánica o en coyunturas de alza internacional de precios, pero mientras subsista el actual régimen desarticulado, resulta imposible la inserción global de los campesinos como sector.

El nuevo ciclo de movimientos campesinos que surgió en los noventa abandona claramente la pretensión de incorporarse económicamente en el sistema actual. No pretenden volverse "eficientes" o "competitivos" para aspirar a tener un lugar como explotados del sistema. Pugnán, por el contrario, por la desaparición del régimen político que impulsa el modelo concentrador y excluyente. Sólo transformando las pautas de funcionamiento del régimen de acumulación secundario exportador, los campesinos podrán integrarse productivamente. Por eso enarbolan un proyecto de inclusión democrática de los excluidos. En el régimen actual de producción los campesinos sobran como productores, están de más; forman parte de los desechos del sistema y por ello son los portavoces del cuestionamiento social más profundo.

La lucha por la permanencia de su unidad productiva, así como la movilización organizada, armada o pacífica, constituyen los mecanismos de preservación como clase en el caso de los campesinos y como comunidad en el de los indígenas. Mediante esas dos vertientes los campesinos construyen su inclusión en el mundo del nuevo milenio forjando otra vía campesina que les permita sobrevivir en esta larga lucha que ha significado su inserción en la historia. e

26. M. Fritscher, "El repunte maicero en tiempo de neoliberalismo", en Hubert C. de Grammont (coord.), *op. cit.*

27. James Petras, "Autoliberación, hilo común en los nuevos movimientos campesinos de América Latina", *La Jornada*, 3 de junio de 1997.